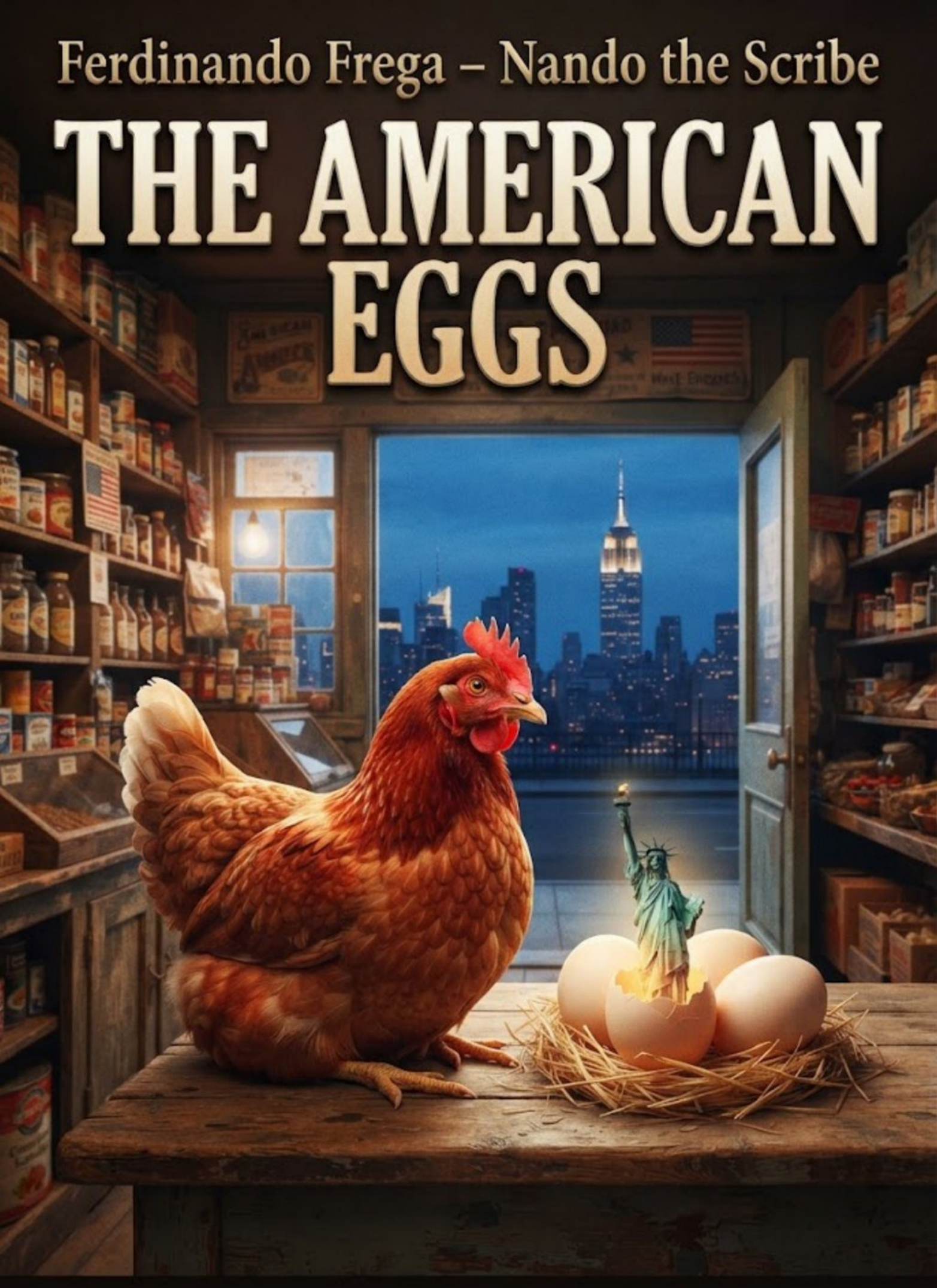
Ferdinando Frega – Nando the Scribe

THE AMERICAN EGGS



Gillettenarrative.com

GILLETTE Y LOS HUEVOS AMERICANOS

GILLETTE TRAILER 16 — NANDO EL ESCRIBA

El avión acababa de aterrizar. Mi mujer y mi hija estaban a la vez incrédulas y recelosas: un nuevo comienzo se había convertido en incertidumbre, y oír a tanta gente hablando otro idioma era algo completamente nuevo para ellas.

El aeropuerto JFK de Nueva York nos daba la bienvenida. Para mí significaba volver a casa — a mi tierra —, que había pasado de ser una promesa de identidad a ser una conquista y una nueva perspectiva.

Por decirlo en pocas palabras: cuando la Cigüeña tenía que dejarme en Nueva York hace 61 años, se dejó deslumbrar y seducir por un halcón calabrés y decidió soltarme en las laderas del Aspromonte. Pero esa es otra historia.

Recogimos el equipaje y nos subimos a un taxi amarillo. El taxista preguntó adónde íbamos y le di la dirección. Luego preguntó de dónde veníamos y de dónde era yo.

Respondí: “De Queens, NY”.

Durante el trayecto, silencio absoluto. Al llegar, pregunté cuánto era: “22 USD con tarjeta; si pagas en efectivo, 14 USD”.

Lo miré con ánimo amistoso, y él dijo: “Trabajé 12 años en Nápoles y aprendí que solo así puedo seguir pagándome los vicios. Y por las maletas he visto que veníais de Italia. Bienvenidos a Nueva York”.

La casa era nueva y bonita, con una sola entrada desde la calle y apenas unos escalones que subir. Las dos mujeres se miraron y se hablaron con sus silencios — pero yo, con mi ‘código femenino’ incorporado de nacimiento, sabía leer los matices y los pensamientos que había detrás de sus miradas.

“Estamos en casa”, les dije. “Luego iré a hacer algo de compra”.

Salí a abastecerme de comida. No me gustan los supermercados: Walmart acoge a todo el mundo, pero en Walmart el cliente lo paga caro. Mis proveedores siguen estando en las pequeñas tiendas de barrio, esos sitios donde cruzar unas palabras o una broma me permite recoger noticias de verdad — y escribir sobre mi vida.

“Y los huevos, Jack, ¿dónde puedo comprarlos frescos?”.

“Detrás de esta calle hay un turco que se llama Kan. Tiene unas cuantas gallinas suyas que vigila con mucho cuidado. Mira a ver si tiene lo que buscas”.

Unos pasos después, ya había llegado. Hasta hablaba italiano — y ahí empezaron las sorpresas.

Me llevó a la trastienda para enseñarme sus gallinas: conté solo nueve, y una de ellas llevaba en las alas un parche con los colores de la bandera italiana. Por curiosidad, le pregunté qué significaba.

Orgulloso, dijo: “Esa es Camilla. Viene de Italia, de Nápoles — barrio de Forcella. Me la regaló mi tío. Pone unos huevos maravillosos. Son huevos que se pueden beber frescos, no hace falta cocinarlos. A mis señoras nunca les doy productos químicos — solo comida natural, como hacemos en Turquía”.

Me preguntó si quería probar alguno y, por supuesto, acepté: “¿Qué mejor ocasión?”.

Nos sentamos a una mesita dentro de la tienda, charlando, y me trajo un plato con tres huevos.

“Recién puestos por mi Camilla. Nando, eres un hombre con suerte”, dijo.

Estaban calientes al tacto. Esperé a que se sentara antes de seguir con la conversación.

Me preguntó qué quería beber. “Café americano, por favor”.

Empecé a agujerear el primer huevo — pero no había agujero. Probé con otro, luego con el último.

Los tres eran huevos duros.

…Un milagro. Estábamos en América.

Una gallina que pone los huevos ya cocidos — no hace falta cocinarlos. No mostré sorpresa ni alarma; solo le pregunté a Kan cuánto pediría por Camilla. Me preguntó por qué.

Sonrió: “¿Te han gustado los huevos?”.

Le dije que quería regalárselos a mi hija, a la que le encantan las gallinas.

Por dentro pensaba: o un proyecto de un millón de dólares… o un fraude a la espera de que alguien lo entendiera.

Pagué, me despedí y me fui. No le comenté nada a nadie, pero al día siguiente volví.

“Buenos días, Kan. ¿Podrías ponerme hoy unos cuantos huevos más de los de beber?”.

“Claro, siéntate. Te los traigo enseguida”.

“Me gustaría entrar en el gallinero y cogérselos directamente a Camilla”.

“Lo siento, Nando, pero anoche la cocinamos para una fiesta de cumpleaños. Pero te traigo otros huevos”.

El mismo ritual, la misma mesa, el mismo plato: tres huevos frescos, para beber — pero, una vez más, duros y listos para comer.

Pagué, salí y pensé: el sueño americano.

¿O quizá… es él quien intenta encontrarme a mí — y todavía no lo ha conseguido?

Bienvenido a América

Nando